

JJ BENÍTEZ
CABALLO
DE TROYA

JORDÁN

8

Si no es fácil describir los siete anteriores volúmenes de la serie «Caballo de Troya», la octava entrega —*Jordán*— supera todo lo imaginable. No se esfuerce. Su imaginación se quedará corta. En *Jordán*, usted quedará atrapado, y arrastrado por las sorpresas.

Nadie, hasta hoy, ha narrado con tanto detenimiento el supuesto «bautismo» de Jesús de Nazaret.

Nadie se había atrevido a relatar, con semejante crudeza, lo que pudo ocurrir en aquella histórica jornada, en uno de los afluentes del río Jordán. ¿Sabía que el Maestro nunca se retiró al desierto, y que no fue tentado por el diablo? Nunca, tanto, le parecerá tan poco.

*A mi buen amigo,
el profesor Mariano Moreno Villa,
filósofo y teólogo. Él se adelantó
a su tiempo. Él supo
que esta historia podía ser mucho más
que una historia.*

SÍNTESIS DE LO PUBLICADO

Enero (1973)

En un proyecto secreto, dos pilotos de la USAF (Fuerza Aérea Norteamericana) viajan en el tiempo al año 30 de nuestra era. Concretamente, a la provincia romana de la Judea (actual Israel). Objetivo aparente: seguir los pasos de Jesús de Nazaret y comprobar, con el máximo rigor, cómo fueron sus últimos días. ¿Por qué fue condenado a muerte? ¿Quién era aquel Hombre? ¿Se trataba de un Dios, como aseguran sus seguidores?

Jasón y Eliseo, responsables de la exploración, viven paso a paso las terroríficas horas de la llamada Pasión y Muerte del Galileo. Jasón, en su diario, es claro y rotundo: «Los evangelistas no contaron toda la verdad». Los hechos, al parecer, fueron tergiversados, censurados y mutilados, obedeciendo a determinados intereses. Lo que hoy se cuenta sobre los postreros momentos del Maestro es una sombra de lo que sucedió en realidad. Pero algo falló en el experimento, y la operación Caballo de Troya fue repetida (eso le hicieron creer al mayor norteamericano).

Marzo (1973)

Los pilotos norteamericanos «viajan» de nuevo en el tiempo, retornando a la Jerusalén del año 30. Allí comprue-

ban la realidad del sepulcro vacío y las sucesivas «presencias» de un Jesús resucitado. Los científicos quedan desconcertados: la resurrección del Galileo fue incuestionable. La nave de exploración se traslada al norte, junto al mar de Tiberíades, y Jasón, el mayor de la USAF, asiste a nuevas apariciones del Resucitado. La ciencia no sabe, no comprende, el porqué del «cuerpo glorioso».

Jasón se aventura en Nazaret y reconstruye la infancia y juventud de Jesús. Nada es como se ha contado. Jesús jamás permaneció oculto. Durante años, las dudas consumen al joven carpintero. Todavía no sabe quién es realmente.

A los veintiséis años, Jesús abandona Nazaret y emprende una serie de viajes «secretos» de los que no hablan los evangelistas.

El mayor va conociendo y entendiendo la personalidad de muchos de los personajes que rodearon al Maestro. Es así como *Caballo de Troya* desmitifica y coloca en su justo lugar a protagonistas como María, la madre del Galileo, a Poncio y a los discípulos. Ninguno de los íntimos entendió al Maestro y, mucho menos, su familia.

Fascinados por la figura y el pensamiento de Jesús de Nazaret, Jasón toma la decisión de acompañar al Maestro durante su vida pública o de predicación, dejando constancia de cuanto vea y oiga. Eliseo le secunda, pero por unas razones que mantiene ocultas. Nada es lo que parece. Para ello deben actuar al margen de lo establecido oficialmente por Caballo de Troya. Y aunque sus vidas se hallan hipotecadas por un mal irreversible —consecuencia del propio experimento—, Jasón y Eliseo se arriesgan en un tercer «salto» en el tiempo, retrocediendo al mes de agosto del año 25 de nuestra era. Buscan a Jesús y lo encuentran en el monte Hermón, al norte de la Galilea. Permanecen con Él durante varias semanas y asisten a un acontecimiento trascendental en la vida del Hijo del Hombre: en lo alto de la montaña sagrada, Jesús «recupera» su divinidad. Ahora es

un Hombre-Dios. Jesús de Nazaret acaba de cumplir treinta y un años.

Nada de esto fue narrado por los evangelistas...

En septiembre del año 25 de nuestra era, Jesús desciende del Hermón y se reincorpora a la vida cotidiana, en la orilla norte del *yam* o mar de Tiberíades. No ha llegado su hora. Parte de su familia vive en Nahum (Cafarnaum), en la casa propiedad del Maestro. Los pilotos descubren una tensa relación familiar. María, la madre, y parte de los hermanos no entienden el pensamiento del Hijo primogénito. La Señora, especialmente, cree en un Mesías político, libertador de Israel, que expulsará a los romanos y conducirá al pueblo elegido al total dominio del mundo. Se trata de una grave crisis —jamás mencionada por los evangelistas— que desembocará en una no menos lamentable situación...

Movidos por el Destino, Jasón y Eliseo, tras una serie de aparentes casualidades, viajan al valle del río Jordán y conocen a Yehohanan, también llamado el Anunciador (hoy lo recuerdan como Juan, el Bautista). Nada es como cuenta la historia y la tradición. El diario del mayor resulta esclarecedor. De regreso a Nahum, los exploradores descubren a un Jesús obrero, que espera el momento de inaugurar su vida pública. Todo está dispuesto para la gran aventura...

CABALLO DE TROYA 8

**EL DIARIO
(OCTAVA PARTE)**

4 DE NOVIEMBRE, DOMINGO (AÑO 25)

Nos alejamos de Enaván, y de sus manantiales y lagunas, sin mirar atrás y con prisa. Para ser sincero, el de la prisa era él, Yehohanan, el Anunciador, el enigmático judío de dos metros de altura y las siete trenzas rubias hasta las rodillas. Era él quien avanzaba a grandes zancadas por uno de aquellos senderillos que parecía llevarnos, irremediablemente, a la verde y poco recomendable jungla del río Jordán. Todo era nuevo para quien esto escribe; tanto el paisaje como las intenciones del predicador. Ni siquiera sabía por qué estaba allí, tras sus pasos. Él me reclamó bajo el árbol de «la cabellera» («¡Vamos! —ordenó—. Te mostraré mi secreto»), y yo, hipnotizado, me fui tras él. ¿Qué secreto? ¿De qué hablaba? ¿Por qué Jaiá, la anciana esposa de Abá Saúl, había tratado de retenerme en la aldea de Salem? ¿Por qué habló de «peligro»? Dijo haber tenido un sueño, e imploró para que no retornara junto al Anunciador.

Era mi Destino. Ahora lo sé. Mi «Tikkún»...

Ni siquiera se volvió. Supongo que dio por hecho que lo seguía. Era evidente que conocía el camino. Observé nuevamente el cielo. El sol, en el cenit, empezó a desaparecer a intervalos, borrado sin el menor respeto por un denso e interminable frente nuboso. Fue como un presagio...

«¡No vayas!... ¡Tuve un sueño!... ¡Hijo, no vayas!».

Y ahora me pregunto: ¿hubiera sucedido lo que sucedió de haber permanecido en Salem o en los lagos de Enaván? Sospecho que sí. Tarde o temprano tenía que llegar...

Los «cb» (cumulonimbos) se presentaron prácticamente de improviso. Era lógico. Nos hallábamos en el inicio de la época de lluvias. Casi lo había olvidado. Y al examinar los altos y negros nubarrones procedentes del Mediterráneo, la veloz masa nubosa terminó situándome de nuevo en la realidad. No tardaría en llover. Fue entonces cuando empecé a percatarme de lo precario de mi situación. Caminaba hacia la selva jordánica, sin saber por qué ni por cuánto tiempo. ¿Me hallaba a las puertas de una de las acostumbradas ausencias de Yehohanan? ¿Qué pretendía? Con las prisas, aunque logré regresar a la aldea y recuperar la «vara de Moisés», no tuve la precaución de hacerme con el saco de viaje. ¿Quién podía imaginar que, horas después, terminaría alejándome del grupo y en la nada agradable compañía de aquel perturbado...? Pensé en los antioxidantes. Las tabletas de dimetilglicina eran esenciales para combatir el exceso de óxido nitroso en el cerebro. Cualquier descuido, en este sentido, era peligroso^[1].

Quizá exageraba. Quizá había empezado a dejar volar la imaginación, como siempre. Quizá Yehohanan sólo pretendía mostrarme algo. Después regresaría a Salem, a la casa del sabio Saúl. Quizá...

La distancia de Enaván al filo de la jungla era, poco más o menos, de dos kilómetros. Al llegar al enredado bosque, sin dudarlo, el Anunciador evitó la pared de espinos y árboles y prosiguió hacia el sur, en paralelo a la bóveda vegetal que prosperaba a expensas del río Jordán. Respiré con cierto alivio. Aquella jungla, siempre en penumbra, aparentemente cerrada e impracticable, de la que procedían toda suerte de sonidos, no era de mi agrado.

Yehohanan continuó la marcha por el tímido senderillo, ahora entre tierra de pastos. Instintivamente tomé referencias. Por nuestra derecha, en la distancia, corría el camino

principal, el que habíamos recorrido en nuestro peregrinaje hacia Damiya. Parecía claro que el predicador trataba de evitar cualquier contacto con sus semejantes. ¿Semejantes? Yehohanan, a decir verdad, era un ejemplar único. Los dos metros de altura, la larga cabellera rubia, ahora oscilante, y la estrambótica vestimenta —un ancho cinto de cuero negro y un *saq* o taparrabo de piel de gacela— hacían de él un individuo muy poco común. Y me pregunté por enésima vez: ¿qué hacía yo tras los pasos de aquel hombre?

De pronto se detuvo. Depositó la colmena sobre el terreno y, girando el cuerpo hacia quien esto escribe, llevó el dedo índice izquierdo a los labios, solicitando silencio. Miré a mi alrededor, intrigado. No acerté a distinguir persona o animal. Nos hallábamos solos, en un terreno abierto. Una súbita ráfaga de viento golpeó el *talith* de pelo humano que lo cubría y poco faltó para que el «chal» se precipitara sobre el pasto. Y la lluvia hizo acto de presencia, en un primer momento moderada. El cielo, negro, estaba avisando...

Permanecí quieto y pendiente de los movimientos del gigante. Al cabo de un minuto largo se hizo de nuevo con el barril de colores y arrancó, a la carrera, al tiempo que sujetaba el manto con la mano derecha. No entendía nada. Tentado estuve de olvidarlo y dar media vuelta. No supe prestar atención al instinto...

Y bajo la lluvia, supongo que movido por la curiosidad, me fui tras él e intenté no perderlo de vista.

Al poco, por nuestra derecha, cerca de la senda que atravesaba el valle, rumbo a Jerusalén, apareció el descuidado edificio de barro y hojas de palma que servía de aduana y en el que vimos morir a los tres jóvenes zelotas. El aguacero lo mantenía solitario. No acerté a distinguir a los publicanos y tampoco al grupo de soldados que custodiaba el lugar. Un perro, en alguna parte, ladraba sin tregua. Detuve la carrera. Lo lógico es que los funcionarios y la patrulla se hallaran en el interior. Aunque el puesto fronterizo,

que delimitaba los territorios de la Decápolis y la Perea, se levantaba a más de un centenar de metros del senderillo por el que corríamos, entendí que no debía arriesgar. El cruce, a toda velocidad, por delante de los suspicaces *gabai* o recaudadores de impuestos, y de los no menos desconfiados *kittim*, expertos en el manejo de las afiladas jabalinas, era, cuando menos, una actitud arriesgada. No tentaría al Destino...

Yehohanan no pensó lo mismo y se alejó, veloz, entre una cortina de agua, cada vez más obstinada. Pensé en su reciente gesto, solicitando silencio. ¿Pudo tener relación con la proximidad de los odiados funcionarios al servicio de Roma y de la no menos despreciada línea de caballería romana? El Anunciador —así lo demostraba en cada una de sus prédicas— no sentía la menor devoción por aquellos representantes de la «nueva Sodoma», según sus propias palabras. Dudé. Cuando Yehohanan llevó el dedo a los labios, la aduana ni siquiera era visible. Pero, entonces, ¿a qué obedecía la orden de silencio? No tardaría en averiguarlo...

Afortunadamente, dejé atrás el edificio y reemprendí la carrera, inquieto ante la posibilidad de que el Anunciador desapareciera. El aguacero amainó.

Y de pronto lo vi. Se había detenido. Parecía esperarme (?). En realidad, nunca lo supe. Se hallaba en mitad de un puente de piedra que brincaba sobre el Jordán. Observaba las terrosas y rápidas aguas, con las enormes manos apoyadas sobre el parapeto. La colmena ambulante permanecía a su lado, junto a los interminables y embarrados pies desnudos.

Traté de pensar, al tiempo que recuperaba el aliento.

¿Por qué miraba el río con tanta atención?

El «manto» de cabello humano había sido retirado y guardado en el zurrón blanco que colgaba en bandolera.

Me aproximé despacio y en guardia. Las reacciones de aquel hombre eran imprevisibles.

No se movió, aunque estoy seguro de que sintió mi proximidad. Y durante varios minutos permaneció en la misma postura, inmutable, con la lluvia resbalando por la correosa y quemada piel. En el cauce del Jordán no había nada que pudiera requerir su atención. Yo, al menos, no alcancé a distinguirlo. Las aguas, con las primeras lluvias, arrastraban maleza y sedimentos, que chocaban y se atascaban entre las pilastras. Todo era silencio; un silencio discretamente interrumpido por el rumor de la corriente, por el suave choque de la lluvia contra el barril de Yehohanan y las ropas y por los lejanos truenos, amortiguados por la distancia.

Entonces, ante mi desconcierto, repitió el gesto.

Giró hacia quien esto escribe y volvió a llevar el dedo índice izquierdo a los gruesos labios.

—¡Escucha! —susurró con aquella voz rota—. ¡Escucha atentamente, «Ésrin»!

Y, como un idiota, presté atención a cuanto me rodeaba. Yo no había oído nada extraño y, por supuesto, fui incapaz de distinguir lo que sugería el hombre de la «mariposa» en el rostro. Sus ojos, endiablados, me atravesaron, esperando una respuesta. Terminé desviando la mirada, incómodo ante las «pupilas» rojas y el persistente nistagmo o movimiento vertical del ojo. Lo he dicho en otras oportunidades: aquel rostro y, sobre todo, aquella mirada no eran fáciles. No era de extrañar que la gente se sintiera atemorizada.

Supongo que esperó una confirmación. Pero «Ésrin» o «Veinte», como me llamaba, no acertó a despegar los labios. No le importó. No insistió. Creo que, incluso, me ignoró. Tomó de nuevo la colmena de colores y caminó hacia el final del puente, ahora sin prisa.

Era la segunda vez que me desconcertaba en aquel enigmático caminar hacia no sabía dónde. Y al principio — como un perfecto estúpido — no comprendí...

El Destino, sin embargo, sabía lo que hacía.

Allí arrancaba un enorme bosque de nogales, apenas perturbado por algunas familias de tamariscos que crecían al abrigo de los altos y estriados troncos, la mayoría de veinte y treinta metros de altura. Era un bosque centenario que se derramaba hacia el este, alimentado por la humedad de otro de los afluentes del padre Jordán. Las copas, casi esféricas, habían tejido una «techumbre» densa y bien organizada, que alivió nuestro caminar bajo la lluvia. Nada más pisar el egoz, como llamaban al lugar, fuimos recibidos por un intenso perfume y por un crujido que, en un primer momento, me sorprendieron. La fragancia caía literalmente de las grandes hojas verdes y blancas de los egoz o nogales, merced a un principio volátil, ahora precipitado por el aguacero. A partir de ese momento, aquél fue el bosque del «perfume» para quien esto escribe. En cuanto a los chasquidos bajo los pies, la explicación procedía también de los majestuosos nogales persas, una de las cuarenta especies diseminadas en aquel tiempo por el valle del Jordán. Desde el final del verano, las drupas, a miles, habían ido madurando y precipitándose sobre el terreno. Poco a poco, favorecida por la humedad, la cáscara verde de las referidas drupas se fue secando y liberando las apreciadas y nutritivas nueces. ¡Caminábamos sobre una alfombra de escurridizas nueces!

El bosque del «perfume» se hallaba igualmente solitario. Yehohanan prosiguió decidido. Y el terreno empezó a inclinarse con suavidad. Si mis cálculos no estaban equivocados, en esos momentos habíamos recorrido poco más de seis kilómetros, tomando los lagos de Enaván como punto de partida. Fue entonces cuando estuve seguro: el Anunciador no regresaría junto a sus discípulos, al menos en esa jornada. Y el recuerdo de los antioxidantes tocó en mi hombro, inquietándome.

Tenía que regresar lo antes posible...

Estaba decidido. Así lo pensé mientras oía el rítmico crujir y entrechocar de las «bellotas de Júpiter», como lla-

maban también a las nueces.

Efectivamente, regresaría, pero no como imaginaba...

Entonces lo vi detenerse. Y al llegar a su altura quedé maravillado. Yehohanan sabía elegir los parajes a los que se retiraba.

A cosa de mil doscientos metros del puente de piedra que acabábamos de cruzar, el bosque de nogales quedaba abruptamente interrumpido por una garganta profunda y angosta. Por el fondo, nervioso, desfilaba un aprendiz de río, de poco más de ocho o diez metros de anchura. Era otro de los tributarios del Jordán, en este caso, como digo, con un cauce tan menguado como transparente. A nuestros pies, el terreno se precipitaba casi verticalmente, formando una pared de unos 20 o 30 metros. Los derrumbes habían dejado al descubierto los estratos blancos y amarillos de la marga, la caliza, la arcilla y los cantos rodados. Muchos de ellos terminaron rodando hasta el afluente, entorpeciendo el fluir de las aguas. La corriente, sin embargo, supo excavar estas enormes piedras, añadiendo espuma y susurros al bello lugar. Frente por frente se presentaba otro acantilado, prácticamente gemelo e igualmente colonizado por audaces y ramificados tamariscos de flores rosas y cenicientas que colgaban libres en el vacío, reclamando a miles de insectos polinizadores. El resto de las escarpadas paredes —merced a las benignas temperaturas de la cuenca— aparecía cubierto por anárquicos corros de rojos y amarillos, resultado de la floración de otros tantos arbustos, generalmente terebintos de ramas resinosas y narcisos largos y estilizados, respectivamente. Estos últimos, siempre solitarios, proporcionaban al cañón una fragancia delicadísima, que iba y venía, según la brisa o la lluvia. Al pie de este acantilado, entre derrumbes, se distinguían dos cuevas. Una, casi al nivel del agua, presentaba una boca alargada y no muy alta. La otra, con una entrada más reducida, se asomaba al río a cuatro o cinco metros por encima de la primera.